

IMPERIALISMO Y FASCISMO. A PROPÓSITO DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y DE LA CADENA IMPERIALISTA

Nicos Poulantzas



Como hemos afirmado en el editorial de este número, entendemos que la coyuntura política actual no responde a una polarización del enfrentamiento político entre opciones políticas, sino a una radicalización de la derecha y un regreso, en las propuestas políticas, al *aggiornamento* de la II Internacional que trata de responder a esta radicalización a partir de dos dimensiones básicas: la lucha por el significante «nación» y la búsqueda de un supuesto enfrentamiento entre el «capital industrial» y el «capital financierizado» (al que habría que embridar) –lo que ya Lenin en 1916, en *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, había definido como salida pequeño burguesa al imperialismo y al capital financiero.

Presentamos en este sentido el texto de Nicos Poulantzas «Imperialismo y fascismo. A propósito del capitalismo monopolista y de la cadena imperialista», recogido en *Fascismo y dictadura. La III Internacional frente al fascismo*, va a recoger el análisis leninista del imperialismo para analizar el triunfo del nazismo y el fascismo en Alemania e Italia, su composición de clases y los errores tanto de la socialdemocracia como de la III Internacional en su interpretación y lucha contra ellos.

No obstante, antes de presentar, brevemente, los ejes centrales del texto seleccionado, queremos recalcar la relevancia de este texto para los debates actuales: si bien normalmente se recurre a *Hegemonía y estrategia socialista* para remitir a los análisis del populismo de Laclau –y Chantal Mouffe–, hay un texto anterior de Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, cuyo centro polémico es este texto de Poulantzas: el eje del combate en el texto, según nuestra lectura, sería la relación y conformación de la hegemonía –en sentido leninista en Poulantzas y gramsciano en Laclau– entre la pequeña burguesía y la clase obrera. Para Poulantzas, hay una cierta relación entre algunos significantes ideológicos y las clases sociales, es decir, que, aunque haya significantes en liza, no están completamente vacíos porque los atraviesa la lucha de clases; sin embargo, para Laclau (quien todavía entonces mantenía la pertinencia de la lucha de clases y la determinación en última instancia de la economía), cualquier significante en liza era capaz de llenarse de distinto contenido en lucha por la hegemonía social. Sin querer zanjar nosotros un debate

que pervive hoy, entendemos que los significantes en liza sí determinan los límites de la táctica y la estrategia política puesto que establecen, bajo unas relaciones de dominio específicas, la alianza entre las distintas clases sociales; y en particular, como hemos dicho entre la pequeña burguesía y la clase obrera. Dicho de otro modo, no existe un grado cero del significante respecto a la lucha de clases.

Por ejemplo, no es lo mismo que esta alianza se autodefina como «clases trabajadoras» que como «ciudadanos», por lo que incluye y lo que excluye. El significante «clases trabajadoras» excluye a los propietarios o rentistas y, salvo otra indicación, incluye a los trabajadores inmigrantes y, por extensión, a los trabajadores de otros estados; mientras que «ciudadanos» excluye a quienes carecen de derechos políticos en un Estado e incluye a la pequeña burguesía propietaria. Y, obviamente, este juego de inclusiones y exclusiones define la hegemonía –en el sentido leninista– de esa articulación política y, en consecuencia, los límites de su horizonte político.

Dejemos, al menos hasta otra ocasión, esta polémica que consideramos central en la construcción de movimientos como el 15M, la *Nuit Debout* e incluso las contradicciones internas de gobiernos como el griego, para destacar, aun esquemáticamente, cinco aspectos del texto que presentamos:

1.- La limitación del análisis de Lenin a los aspectos económicos. Para Poulantzas el lamento de Lenin en el prólogo a la edición rusa en la que achaca a la censura rusa por un lado la elección de los ejemplos y por otro el sacrificio de los niveles ideológico y jurídico-político de este análisis es central para una correcta lectura del texto Lenin. Esta prevención es fundamental para evitar caer en el economicismo en el estudio del imperialismo y, en consecuencia, de sus crisis y de la concepción del eslabón débil que explicará el ascenso del nazismo en Alemania y el fascismo en Italia.

2.- En segundo lugar, la centralidad del Estado en la política imperialista. Toda vez desechado el mito del Estado no intervencionista, es importante detectar cuál es la función del Estado dentro de la fase imperialista y del capitalismo monopolista. Algo que reconocen los propios teóricos neoliberales; por ejemplo, Friedman escribe acerca de intervenciones positivas del Estado (desregularizaciones, debilitaciones del poder de los sindicatos...) y negativas (regulación de tarifas en servicios básicos, salarios mínimos, regulación de la jornada laboral...). Todos aquéllos que utilizan el mantra del Estado no intervencionista para criticar los estados hoy no hacen más que errar el tiro e, incluso cuando aciertan, arman los argumentarios de los lacayos del neoliberalismo.

3.- La «escisión internacional de todo el movimiento obrero aparece ahora de una manera plena (II y III Internacional)» (Lenin). La división del movimiento obrero es fruto también de la fase imperialista del capitalismo. Dos contradicciones atenazan esta escisión, que aún sirve para analizar los movimientos sociales hoy: por un lado, el chovinismo de la II Internacional, que denuncia Lenin; por otro lado, el economicismo que el Komintern adopta tras la muerte de Lenin. Dos contradicciones que desembocaron en los errores estratégicos de la III Internacional con la consigna del socialfascismo.

4.- La cadena imperialista se vincula directamente con la ley del desarrollo desigual tanto en el marco del Estado nación como en las relaciones internacionales del mercado mundial. El desarrollo de una rama de la industria o la forma en la que se define el dominio del capital financiero son fruto de este desigual desarrollo de la cadena imperialista. Por supuesto, desde Negri a los teóricos del altermundismo o la socialdemocracia actual, han querido desbordar esta concepción de la cadena imperialista y sustituirla por el imperio o el dominio de las multinacionales o de otros funcionamientos supraestatales; sin embargo, aunque no es este el momento ni el lugar para un desarrollo extenso sobre la efectividad teórica del concepto de cadena imperialista, al menos permite un elemento clave para el análisis de la situación actual: el eslabón débil. Esto nos lleva al eje central por el que hemos seleccionado este texto:

5.- El eslabón débil. Poulantzas, siguiendo como veíamos a Lenin, recoge el concepto de eslabón débil y, a partir de la precisión del prólogo leninista, corrige la versión vulgar, economicista, del concepto. El eslabón débil no sería aquel Estado que mantiene, exclusivamente, una posición de dependencia económica de otro u otros y que debido a esta posición provoca una situación de inestabilidad política que puede resolverse como revolución (Rusia en 1917) o hacia el fascismo (Alemania e Italia), sino que de forma mucho más compleja el eslabón débil lo provocaría toda una situación de la formación social en cuestión. Es decir, el eslabón débil no sólo se vincularía a una situación económica

(determinante en última instancia), también estaría determinada o sobredeterminada por su coyuntura ideológica y jurídico-política. Sólo desde esta visión compleja de la formación social el concepto de eslabón débil escaparía de un maniqueo economicismo y podrá ser productivo para el análisis del auge de los fascismo y para la situación de inestabilidad de hoy: es en Austria donde el fascismo es ya primera fuerza, Holanda y Francia donde parece que va a serlo y no Grecia, Italia, Portugal o España.

Sin más dilación, y teniendo en cuenta todas estas precisiones, dejamos a nuestros lectores con el texto seleccionado.

Consejo de Redacción

IMPERIALISMO Y FASCISMO. A PROPÓSITO DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y DE LA CADENA IMPERIALISTA

Comenzaremos, pues, por el examen del periodo de los fascismos. Aprovechamos aquí la ocasión deparada por una cita del sociólogo alemán Max Horkheimer, cita que utiliza como lema en un libro reciente: *Faschismus und Kapitalismus*, editado en Alemania. Horkheimer, alzándose desde hora temprana contra la serie de las concepciones del «totalitarismo», decía: *Pero el que no quiere hablar del capitalismo debería también callar en lo que al fascismo se refiere*. Esto, con todo rigor, es falso: es el que no quiere hablar del *imperialismo* quien debería también callarse en lo que al fascismo se refiere.

El fascismo se sitúa en la fase imperialista del capitalismo. Así, pues, lo que importa es tratar de aislar algunas de las características generales de esa fase y su impacto sobre el fascismo. Ciertos factores considerados a menudo como las causas fundamentales y *sine qua non* del fascismo –a saber, las crisis económicas particulares que atravesaban, en la época de su establecimiento, Alemania e Italia, las particularidades nacionales de esos dos países, las secuelas de la primera guerra mundial, etc.- no constituyen las causas primeras del fascismo. Si revisten importancia es únicamente en relación con el estadio imperialista, como elementos *de una de las coyunturas posibles* de este estadio.

Es preciso también considerar el problema del imperialismo. Se comprenderá que no es posible entrar aquí en el fondo del debate. Sin embargo, parece que se deben rectificar ciertas posiciones, lo cual puede hacerse precisamente a partir de esa crisis del estadio imperialista que es el fascismo.

El nudo de la cuestión parece ser el siguiente: el imperialismo considerado precisamente como etapa del conjunto del proceso capitalista no es simplemente, o solamente, un fenómeno económico, es decir, determinado por lo que ocurre en el solo dominio de lo económico y localizable allí. Ahora bien, la III Internacional quedó precisamente, y bastante pronto, marcada por una concepción «economicista» del imperialismo.

Esto se ha manifestado, de manera clara, en una interpretación particular de las tesis de Lenin sobre el imperialismo, especialmente de su texto *El imperialismo, fase superior del capitalismo*: interpretación impuesta por el economicismo de la III Internacional. Se enuncia así la tesis que se desarrollará a continuación: el economicismo parece ser el punto convergente de las corrientes de la II Internacional. Era, por lo demás, sobre este aspecto de la II Internacional sobre el que se concentraban, como es sabido, los ataques de Lenin. Lo que se comprueba con la III Internacional esta vez es que todo ocurre como si, tras el corte leninista que fue después de todo bastante breve, pero que fijó la distancia existente con la II Internacional, el economicismo se restaurara progresivamente bajo formas nuevas, si bien cierto lenguaje y ciertas formas de organización tienden a enmascarar esta restauración.

Este «economicismo» va acompañado de su corolario inevitable, *la ausencia de línea de masa*, y se articula sobre *el abandono progresivo del internacionalismo proletario*: características que marcan por lo demás no sólo la línea general seguida por el Komitern sino igualmente la línea seguida por el partido bolchevique y su dirección en la propia URSS.

Antes de continuar, es preciso dejar sentado ya muy concretamente que esa línea no caía del cielo. Sería una concepción puramente idealista creer que la línea del Komitern, así como la seguida por la URSS, se debía a simples «errores» o «desviaciones» teórico-políticas, incubadas en la cabeza de sus dirigentes; sería asignar un estatuto completamente subjetivista a lo que fue una efectiva línea política, que presidió el destino del proletariado mundial. Esa línea no se debía tampoco a una simple

«degeneración» de la organización del partido bolchevique y de otras secciones del Komitern. De hecho, esa línea tenía su raíz en la lucha de clases entre burguesía y proletariado, es decir, en la lucha entre las «dos vías», en la misma URSS durante la fase de transición. Es lo que se tratará de concretar en el capítulo «La URSS y el Komitern».

En el orden de presentación, sin embargo, y esto de intento, no se exponen estas consideraciones desde el principio; ello se debe al análisis que parece justo de la relaciones entre la URSS y el Komitern. Si bien la lucha entre fracciones y tendencias en el seno del partido bolchevique, la política de este partido en el interior de la URSS, la política exterior de la URSS, y por lo tanto la lucha entre la burguesía y el proletariado en la misma URSS, determinaron la línea política general del Komitern, y sus virajes, esta determinación *no fue, en grados diversos, ni directa, ni inmediata* como quiere hacerlo creer toda una tradición historiográfica. El economicismo, la ausencia de la línea de masa y el abandono progresivo del internacionalismo, efecto de la lucha entre burguesía y proletariado en la URSS, son el *eslabón necesario* a través del cual la URSS, o «lo que ocurre en la URSS», determina la política del Komitern y la de los partidos comunistas locales. Y esto porque esta línea general tiene efectos propios y decisivos sobre la lucha concreta, y sus rodeos, entre la burguesía y el proletariado en la propia URSS.

Por lo demás, ciertos «errores» precisos se inscriben en esta línea, los cuales ejercen también, por su acumulación, efectos propios, a la vez sobre la lucha entre burguesía y proletariado en la propia URSS, y, lo que aquí nos interesa, sobre la política del Komitern.

Es lo que trataremos de demostrar alterando en cierto modo, el orden de la presentación, el orden de la causalidad real.

Volviendo al texto de Lenin, es cierto que se limita a los aspectos económicos del imperialismo, *con la diferencia de matiz capital* de que el propio Lenin insiste sobre este hecho en su último prefacio, proclamando abiertamente su insuficiencia:

El folleto está escrito con vistas a la censura zarista. Por esto, no sólo me vi precisado a limitarme estrictamente a un análisis exclusivamente teórico –sobre todo económico– sino que también hube de formular las indispensables y poco numerosas observaciones políticas con la mayor prudencia, valiéndome de alusiones, del lenguaje a lo Esopo, es lenguaje maldito... Resulta doloroso releer ahora... los pasajes del folleto mutilados.

Pero no fue casual que la III Internacional utilizara este texto de cierta manera: fue en función de su economicismo particular, de igual manera que la II Internacional erigió en breviaros el *Prefacio a la contribución a la crítica de la economía política*, de Marx, y el *Socialismo utópico y socialismo científico*, de Engels, textos que, estos sí, presentan efectivamente consonancias «economicistas», consonancias cuyas razones sería preciso examinar un día. Lo cierto es, en cuanto a Lenin, que su texto, y por lo demás el conjunto de su obra, contiene de manera perfectamente clara una teoría del imperialismo que no lo reduce en absoluto a un simple fenómeno económico. Sólo refiriéndose a esa teoría se puede comprender el fascismo.

En efecto, el imperialismo, considerado como estadio del conjunto del proceso capitalista, no se limita a modificaciones que afecten tan sólo el dominio económico, tales como por ejemplo la concentración monopolista, la fusión del capital bancario y del capital industrial en capital financiero, la exportación de los capitales, la obtención de colonias por simples razones «económicas», etc. De hecho, estos datos «económicos» determinan, propiamente hablando, una nueva articulación del conjunto del sistema capitalista y, por ello mismo, modificaciones profundas *de la política y de la ideología*.

Estas modificaciones afectan *a la vez* cada formación social nacional y las relaciones sociales particulares entre esos dos sectores que, precisamente, caracterizan el imperialismo, reposan sobre esas modificaciones.

Para el primer sector, el aspecto principal del proceso aparece en el *capitalismo monopolista*. Asistimos aquí a *un fenómeno de una importancia decisiva*; se trata del papel nuevo del *Estado capitalista*, que concierne a la vez a sus funciones nuevas, a la extensión de su intervención y al índice de su eficacia, papel que le está precisamente asignado por las modificaciones económicas de ese estadio. Este papel del Estado, que se trata con frecuencia ahora de fundar en la actualidad a fin de definir un nuevo estadio del «capitalismo monopolista de Estado», no es de hecho más que un papel, precisamente

propio del estadio imperialista. Seamos aún más claros: el *corte* manifiesto en ese papel del Estado, y en el índice de su eficacia, no marca en absoluto de manera decisiva –constitutiva de un estadio– el imperialismo «clásico» y el «capitalismo monopolista de Estado», sino francamente el estadio pre-imperialista del estadio imperialista. Ciertamente, en la actualidad intervienen modificaciones importantes; pero no se trata más que de una periodización en el seno mismo del estadio imperialista.

No hubo jamás, es cierto, estadio alguno del capitalismo en el que el Estado no conservara un papel económico importante: el «Estado liberal», simple estado Estado-gendarme del capitalismo de competencia, ha sido siempre un mito. Sin embargo, el estadio imperialista está marcado por un nuevo papel del Estado. Este papel le vale el nombre de *Estado intervencionista*, por el hecho de que se refleja en profundas modificaciones de las formas políticas del Estado capitalista respecto de las precedentes. Lenin, por lo demás, ha dejado numerosas indicaciones en este sentido: en los pasajes referentes al Estado-rentista del folleto mencionado más arriba y en sus análisis del *capitalismo de Estado*, que rebasan con mucho el simple marco de las solas coyunturas históricas de Alemania, durante la I Guerra Mundial, y de la URSS, después de la revolución de 1917.

En efecto, el fenómeno fascista no puede ser comprendido sino en la medida en que está localizado en el interior de un estadio, caracterizado por esta modificación del papel del Estado. La mayoría de autores marxistas que ha tratado el fascismo señalan precisamente esta *cuestión clave*.

A este papel del Estado en el Estadio imperialista se une, en el caso de los fascismos, el papel fundamental que desempeña el Estado en una *fase de transición* de un estadio a otro.

Se ha puesto ya, por lo demás en evidencia el papel particular del Estado en el caso de las transiciones, en una formación social, de un modo de producción a otro. Habría que añadir aquí que el Estado conserva igualmente un papel decisivo en el caso de la transición, en un mismo modo de producción, de una etapa a otra. En el caso que nos ocupa, el del fascismo en Alemania y en Italia, el papel decisivo del Estado se expresa no sólo a través de su nuevo papel en el estadio imperialista sino también a través de su papel decisivo en la transición particular, en uno de esos países, hacia el establecimiento del predominio del capitalismo monopolista.

Ahora bien, Lenin dice en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*: «Por lo que a Europa se prefiere, se puede fijar con bastante exactitud el momento en que el nuevo capitalismo [monopolista] vino a sustituir definitivamente al viejo: a principios del siglo XX».

De hecho, lo que habría que entender por esto, a la luz de las informaciones que ahora disponemos, es que los comienzos del siglo XX marcaron, en los principales países europeos, el *corte* con el estadio precedente, y así los *comienzos decisivos* de la fase de transición al predominio del capitalismo monopolista. Tomada al pie de la letra, la afirmación de Lenin no parece exacta, al menos en lo que concierne precisamente a Alemania y a Italia, países llegados tardíamente al capitalismo y al imperialismo.

Este papel del Estado en la fase de transición de que tratamos es relativamente distinto de su papel en el estadio del capitalismo monopolista. Esto explicaría por lo demás el hecho de que, después de realizada esa transición, es decir, finalmente, después del término de la segunda guerra, el Estado se atenga en adelante a su papel en el estadio del capitalismo monopolista, habiendo consolidado ya su predominio. Papel que sigue siendo ciertamente *muy importante*, pero que así *menor* y en *segundo término* respecto de su papel «acrecentado» en la transición; esto, por lo demás, lo mismo en Alemania y en Italia que en Inglaterra y en los propios Estados Unidos, tras el periodo del *New Deal* rooseveltiano.¹

En fin, el estadio imperialista está marcado igualmente por profundas modificaciones en la ideo-

1. Preciso aquí la cuestión de la terminología. El término *estadio* remite a modificaciones de la estructura de un modo de producción y de la articulación de las relaciones que lo especifican. El término *etapa* (y el de *periodo*) remite a la periodización concreta de una formación social, que cubre más particularmente el campo de la lucha de clases. En cuanto a la *transición*, distingo entre *periodo* de transición y *fase* de transición. En periodo de transición cubre la combinación compleja e inestable de los modos de producción al pasar, en una formación social, del predominio de un modo de producción al de otro; por ejemplo, el paso del feudalismo al capitalismo. La *fase* de transición designa una formación social en la que domina un modo de producción, pero en la cual las condiciones de su predominio se transforman por el paso de un estadio a otro. Así para el caso precedente de la transición entre el capitalismo «de competencia» y el capitalismo monopolista.

logía, de manera particular en la ideología dominante y en la zona política de esa ideología; se comprueba en ella efectivamente la formación, con numerosas variantes, de la *ideología imperialista*. Ya se verá en qué medida la ideología fascista constituye una variante de esa ideología, y también en qué medida esta alteración de la ideología dominante ha constituido, entre otros, un elemento del todo esencial de la crisis ideológica que marca la coyuntura de Alemania y de Italia durante el avance del fascismo.

Sería preciso ahora —y aquí es donde se encuentra la cuestión capital— aplicar estas observaciones sobre el plano internacional: el imperialismo, como estadio del sistema capitalista sobre el plano internacional, no constituye un fenómeno reductible al solo proceso económico. Más todavía: sólo en la medida en que se considera el imperialismo como un fenómeno que afecta a la vez lo económico, lo político y la ideología, se puede fundar la internacionalización particular de las relaciones en ese estadio.

Puédese entonces precisamente captar los dos elementos dominantes a este respecto y analizar, a su luz, las situaciones concretas: la *cadena imperialista* y el desarrollo *desigual* de sus eslabones.

En efecto, en el caso del imperialismo no basta con hablar de circulación internacional de capitales o de interpretación económica: es preciso ver, lo cual es muy importante, que se trata, en sentido riguroso, de una *cadena*. Y quien dice cadena, dice *eslabones*. Pero, aquí también, no basta con hablar del único *eslabón más débil*. Porque, para hablar de ese eslabón, hay que hacer ya intervenir el elemento de desarrollo desigual de las diversas formaciones nacionales, que forman parte de la cadena. Es incluso la existencia de esa cadena la que comunica su nuevo sentido al desarrollo desigual particular que caracteriza al imperialismo; porque, lo sabemos también, el desarrollo desigual caracteriza ya los comienzos mismos del capitalismo.² El desarrollo desigual de la cadena imperialista significa entre otras cosas que, aparte del eslabón más débil, los otros eslabones no tienen la misma solidez: son, ellos también, *relativamente* más débiles y más fuertes. *Propiamente hablando, la fuerza de los unos depende en adelante directamente de la debilidad de los otros y viceversa.*

Pero veamos más detenidamente cómo captaba Lenin la cadena imperialista, lo cual aparece de manera clara en sus análisis referentes a Rusia. De hecho, cuando Lenin analiza Rusia, designándola como el eslabón más débil de la cadena, no se refiere a elementos exclusivamente económicos. Descubre en Rusia, en tanto que eslabón más débil, una *acumulación de contradicciones* en que intervienen lo económico, lo político y la ideología. Y es que el desarrollo desigual de la cadena imperialista repercute, *en el seno mismo* de la formación social rusa, en un desarrollo desigual de lo económico (las diversas formas de producción coexistentes en Rusia), de lo político (el Estado zarista) y de la ideología (la crisis ideológica). Si esta acumulación era la que hacía de Rusia el eslabón más débil, se debe a que la *cadena misma* no tenía de ninguna manera por único elemento de cohesión los lazos económicos.

Porque, de otra parte, bien sabido es que la II Internacional, con su economicismo pronunciado, aguardaba la revolución en Alemania, el país *económicamente* más desarrollado. Podría decirse que el economicismo de la II Internacional conducía a una concepción del eslabón más fuerte. De hecho, no debería hablarse en este caso de eslabón, ya que el economicismo de la II Internacional, y esto es lo importante, le ocultaba la cadena imperialista misma. Si la II Internacional aguardaba la revolución

2. Lo que, por lo demás, había sido señalado ya por el propio Marx. Esto no quiere decir, sin embargo, que *el capitalismo ha sido desde su nacimiento en cierto modo ya imperialista*. Tal es, como sabemos, la tesis sostenida últimamente por A. Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, 1969. De hecho, Frank basa precisamente su tesis únicamente sobre el dominio «económico», insistiendo en la interdependencia, desde los comienzos del capitalismo, de los «mercados» interiores y exteriores. Sin embargo, esta «interdependencia» económica, admitida siempre por los clásicos del marxismo, no basta para constituir el estadio imperialista, caracterizado precisamente, y sobre todo, por el nuevo papel de lo político y la ideología y su nueva articulación con lo económico, lo cual crea la *cadena imperialista* en el interior de la cual el desarrollo desigual adquiere así un sentido nuevo. Prueba de todo esto es el hecho de que el esquema del imperialismo de G. Frank de una «estructura bipolar del capitalismo en centro y en periferia», siendo a la vez el centro de la periferia, y la periferia de un centro, en su forma lineal y circular, no tiene nada que ver con el desarrollo desigual de la cadena «imperialista» en tanto que estadio del capitalismo.

en un país económicamente más desarrollado, es que, *al mismo tiempo*, no consideraba en las relaciones internacionales otra cosa que los «lazos económicos»: véase Hilferding.

Así, pues, la concepción leninista no fue tampoco la simple inversión de la II Internacional en el orden «económico» de los eslabones. Lenin no esperaba la revolución en Rusia porque esta fuera el país menos desarrollado «económicamente»: ha demostrado la inexactitud de esta tesis en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Al hablar del eslabón más débil, Lenin descubrió la cadena imperialista, y rompió definitivamente con el economicismo.

Se ve bien, pues, cómo las características mismas del capitalismo monopolista fundamentan la cadena imperialista en las relaciones internacionales. Así es principalmente como el papel decisivo del Estado en el capitalismo monopolista, en el interior de cada formación nacional, aparece como un elemento importante de la organización de la cadena.

El capital financiero es una fuerza tan poderosa, tan decisiva, podría decirse, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de someter y somete efectivamente incluso los estados que gozan de una completa independencia política. (Lenin)

El índice nuevo de eficacia de lo político que marca el capitalismo monopolista, en el seno de cada formación social, se traduce en un índice nuevo de eficacia de lo político que marca las relaciones internacionales en la etapa imperialista.

Lo esencial para el imperialismo es la rivalidad de varias grandes potencias que tienden a la *hegemonía*, es decir, a la conquista de los territorios, *no tanto por ellas mismas como por debilitar al adversario y socavar su hegemonía*. (Lenin)

Esto ejerce, a su vez, efectos en el seno de cada formación nacional. La *forma* y el *grado concretos* de esta eficacia de lo político, en el seno de cada formación nacional, dependen de su lugar «histórico» en tanto que eslabón de la cadena: dependen en cambio del desarrollo desigual de la cadena, según *su modo de existencia* en el seno mismo de cada eslabón.

Al romper con el economicismo, se descubre, al mismo tiempo, el lugar de los otros eslabones en la cadena, los eslabones relativamente más débiles y más fuertes. Lo que interviene en la atribución de ese lugar, y también en sus desplazamientos, determinantes para la coyuntura, no es simplemente la situación «económica» de un país en relación con los otros, sino la particularidad del conjunto de la formación social.

Estas observaciones son importantes para el estudio del fascismo. Sin esperar a más, puede decirse, en forma lapidaria, que si la revolución fue hecha al nivel del eslabón más débil de la cadena (en Rusia) el fascismo se instauró al nivel de los dos eslabones siguientes, relativamente los más débiles en el ámbito europeo de la época. Y no quiero decir en absoluto que el fascismo debía fatalmente surgir allí, como tampoco que la revolución bolchevique debía fatalmente triunfar en el eslabón más débil. Quiero decir simplemente que, en las *coyunturas* particulares de lucha de clases de esos países, habiendo llegado, por toda una serie de razones, a resultados tan radicalmente diferentes, su lugar en el seno de la cadena imperialista fue de una importancia decisiva. No es nada asombroso, por lo demás, que la III Internacional, que había caído entre tanto en el economicismo y olvidado la cadena, no se esperara en absoluto los fascismos allí donde surgieron.